

En el poema de Bojardo prevalece la Edad media y en el de Ariosto ocupa un lugar menos preponderante. De la antigüedad saca comparaciones, nombres y aun episodios; los personajes principales eran los de Bojardo, á los cuales solo pudo añadir algunos otros secundarios y poquísimas aventuras de su propia imaginación; y de la Edad media aprovechó, arreglándolas á su manera, las fábulas principales, por inverosímiles y maravillosas que fuesen, como las dos fuentes, una de las cuales engendra en la persona que bebe de su agua odio inextinguible, y la otra amor ardiente, ó animales encantados como el caballo Bayardo, que por haber pertenecido á Reinaldo, no quiere ser montado por nadie mas, pero que á manera de aliado fiel, «con inteligencia casi humana,» quiere conducir á su primer amo á donde está la beldad que desea con tanto ardor. Aprovechó tambien las leyendas de sortijas, escudos y otros objetos dotados de fuerzas sobrenaturales, el mágico que hace salir de un libro espíritus, y otras extravagancias, como hacer de la luna el sitio donde se guarda el elixir de la inteligencia.

Como Bojardo mezcla Ariosto con sus narraciones de sucesos pasados, fabulosos ó no, alusiones á personas y cosas de su tiempo, aprovechando todos los lances y ocasiones para de una manera mas ó menos plausible halagar á sus soberanos los duques de Ferrara y demás personajes distinguidos y protectores, como el cardenal Hipólito de Este, hijo del duque Alfonso I y hermano de Hércules II, que ni por su carácter ni por su comportamiento para con el poeta mereció tales finezas, y mucho menos la lisonja de ser llamado «un Augusto al cual el destino por sus virtudes habia dado un Virgilio.» No se descuidó, por supuesto, en incensar debidamente á las mujeres de la casa ducal: Isabel de Este, marquesa de Mantua, gran amante y protectora de las letras y artes; Lucrecia Borgia, y Renata, hija del rey de Francia Luis XII y esposa de Hércules II de Este, hijo y sucesor del duque Alfonso I, y que despues dió mucho que hablar por su inclinacion al protestantismo. No son, sin embargo, alabanzas todas sus alusiones, porque en los cantos III, 62, y XLI, 67, insinúa, por supuesto, con infinitas precauciones y de un modo muy velado, que el destino es mudable, que en la historia pasada de la gloriosa casa de Este hay cosas condenadas al olvido y que en el porvenir le sucederán otras que mejor será cubrir con espeso velo.

Respecto de la situacion política de su patria, deplora su estado presente y su porvenir acusando á las naciones extranjeras de ser la causa de la desgracia de Italia. En sus sátiras y poesías muestra su odio á los españoles y en el Orlando habla en el mismo sentido de los franceses. Verdad es que en el canto XXXIII (10) se consuela con la profecía hecha á Faramundo de que Italia será la tumba de cuantos ejércitos franceses la invadieren, porque el destino no quiere que la flor de lis se arraigue en su suelo; pero á pesar de esto queria Ariosto que los italianos contribuyesen por su parte para arrojar de su país á los dominadores é invasores extranjeros. Al pasar revista á todos los príncipes italianos, encuentra con dolor que ninguno es propio y capaz para acaudillar el movimiento patriótico, y lo que es peor, que ni los príncipes ni los pueblos italianos cumplen siquiera con sus obligaciones. Los primeros, cuyas iniquidades exceden de todos los límites, en lugar de velar por sus pueblos, como el buen pastor por su rebaño, los devoran como lobos y desconocen su elevada mision, de la cual á los ojos del poeta forma una parte principal una guerra contra los turcos. A los italianos en general dice: «¡Desgraciada Italia, sentina hedionda, yaces indolente é indiferente sin sentir que has llegado á ser la sierva, y mas que sierva, la esclava de otras naciones!»

Si el estado político de su patria y nacionalidad le entristecia, en cambio le alegraba el de las letras y el gran número de poetas y autores que hacian honor á su país. En el canto XLV, versos tres hasta diez y ocho, enumera los amigos y conocidos que elogiaban su obra, cuya lista comprende casi todos los hombres y mujeres célebres de su época. Muchos cita solamente de nombre, y á otros, entre ellos Vida, Bibbiena, Bembo, Sannazaro, etc., caracteriza muy bien con pocas palabras.

Todas estas menciones y alusiones son accesorios que poco ó nada tienen que ver con el argumento principal del poema, cuyo objeto material y ostensible es celebrar los combates, aventuras y amores de los paladines de Carlo-Magno, y que son tantos, que es tarea imposible resumirlos aun reduciéndolos á su menor expresion. Orlando, que da el nombre á todo el poema, apenas es mencionado en la primera mitad de la obra, y léjos de formar su demencia ó furia el motivo de toda ella, solo es el motivo del canto XXIII. En este canto refiere Ariosto la llegada de Orlando, persiguiendo á un enemigo suyo, á un sitio donde la hermosa Angélica, la mujer de todos sus deseos, nunca realizados, se refocilaba con su amante Medoro. En todas partes ve allí escritos y grabados los dos nombres, y cree al principio que la hermosa Angélica ha puesto por disimulo el nombre de Medoro por el de Orlando; pero pronto recibe el mas cruel desengaño al ver escritas á la entrada de una gruta, en la cual los dos amantes habian descansado, versos que no le debian dejar duda de las relaciones de Medoro con Angélica (canto XXIII, octavas 108 y 109).

Repígnale, sin embargo, todavia, creer en su desgracia, y quiere persuadirse de que alguien ha imitado la letra de su amada, pero tambien le saca de este error un labrador en cuya casa pide hospitalidad y el cual le cuenta todo lo que allí ha sucedido; y cuando el mismo labrador le da por lecho el mismo que habia servido á los dos amantes, no resiste ya mas; se vuelve demente furioso, se precipita fuera de la casa y corre á la gruta, donde le revelan su desgracia aquellos versos; los borra en seguida, y luego destruye todo cuanto puede haber á las manos, hasta que cae rendido en el suelo. Allí queda aletargado tres días; al cuarto se despierta, y al ver la destruccion que ha hecho queda avergonzado, rasga sus vestidos y arroja las armas léjos de sí. En este estado le deja el poeta, hasta que en otra ocasion le vuelve á la escena para hacerle repetir sus actos insanos, ora pueriles, ora monstruosos y feroces; pero ni demente, ni antes de serlo ni despues de curado, es el personaje principal del poema. Cúrase por la intervencion de su primo Astolfo, que montado en un hipógrifo habia llegado cerca del paraíso terrestre, donde el evangelista San Juan le da noticia de la demencia de su pariente como castigo de su amor á la pagana Angélica, diciéndole que puede recobrar su sana razon si bebe el contenido del frasquito de la inteligencia, que con otros elixires se guarda en la luna. Inútil es decir que el autor no retrocede ante esta dificultad, y deja que Astolfo vaya á buscar el frasquito á nuestro satélite, con el precioso remedio.

Difícil es para los lectores modernos y muy particularmente para los alemanes hacer justicia al poema de Ariosto, porque en él no encuentran lo que esperan encontrar en un poema épico formal, á saber, la narración de hechos que comprenden y que corresponden á su modo de sentir, amén de pensamientos brillantes. Nadie que haya leído las epopeyas de los antiguos clásicos y los poemas de Dante, Milton ó Klopstock, estará satisfecho con el de Ariosto, porque todo lo que gusta al lector meridional, y al italiano en especial, y mucho mas al italiano del siglo xvi, á saber, la incomparable habilidad de

narrar, de amontonar aventuras diversas y de cautivar con esto la atencion del lector, las imágenes magnificas sacadas de la antigüedad ó de la naturaleza, los cuadros sensuales del amor, y sobre todo, el encanto de las octavas armoniosas y sublimes, son méritos muy secundarios para el alemán; por eso nunca ha sido popular en Alemania el *Orlando furioso*, y las pocas traducciones que se han hecho, y que por cierto están muy léjos de la perfeccion, solo son leídas por un público reducidísimo. Sin embargo un alemán, Goethe, es quien ha escrito el juicio mas brillante de este poema, en el primer acto de su drama *Tasso*, escena cuarta.

CAPITULO XIII

NÁPOLES

Habia empezado el reino de Nápoles, bajo el gobierno del rey Ladislao, á reponerse de los desórdenes que habian acompañado el reinado de Juana II; el órden estaba restablecido en el interior y el país respetado en el exterior, tanto que los amigos del rey esperaban y sus enemigos temian que pronto tomara disposiciones para reunir bajo su cetro toda la Italia, cuando súbitamente le arrebato la muerte en 1414 y deshizo todo lo que se habia hecho, así como las esperanzas que se habian abrigado. La dinastía de los Anjou camina á su fin, pero todavia pasó una generacion antes de que cumpliera su destino, y, durante este período, sus últimos vástagos degenerados fueron juguete de los soberanos italianos mas poderosos y del rey de Aragon, llamado por la misma Juana II. Por fin, el aragonés se apoderó del trono y empezó para Nápoles y para el Renacimiento una nueva era. El 2 de junio de 1442 hizo Alfonso de Aragon su solemne entrada en Nápoles, solemnidad muy notable y ruidosa que fué descrita con todos sus pormenores en una obra que todavia existe. No fué este acto aparatoso un insulto arrojado á la cara de los napolitanos por un usurpador brutal, sino el homenaje hecho al genio de la antigüedad clásica y al de la Italia de entonces con sus caprichos y aficiones á procesiones y alegorías. Apenas sentado en el trono, vióse considerado Alfonso como príncipe italiano legítimo por el pueblo y los demás soberanos; su corte fué muy pronto el centro á donde acudieron los mejores talentos de Italia y de donde salieron los hombres mas eminentes de la época, como entre otros el papa Calixto III, que se mostró despues bastante ingrato, olvidando los beneficios recibidos en la corte napolitana. El rey Alfonso honró como correspondia en primera línea á los hijos eminentes del país con elevadas distinciones y grandes sumas, y mas todavia con su aprobacion inteligente, pues para él la proteccion á las letras, artes y ciencias no era un deber impuesto por la moda, sino una honra y una satisfaccion para el mismo príncipe.

No era Alfonso varon docto, como Federico de Urbino, pero le gustaba la erudicion. Consultó y siguió las reglas de los arquitectos antiguos para la restauracion de su palacio, como Federico les habia consultado para su palacio nuevo; le gustaban como á Federico los historiadores de la antigüedad, y finalmente, supo conciliar como el duque citado la veneracion á los poetas antiguos con el respeto debido á los autores eclesiásticos. Era religioso, pero no se dejaba enganar por supercherías piadosas, y en un documento diplomático dijo «que tratando con el clero producía mas efecto el palo que los ruegos.» Odiaba la astrología, á la cual calificaba de ciencia falsa, contraria á la razon; habia leído la Biblia catorce veces y la sabia casi de memoria. Con sus maestros y los hombres de ciencia de su corte era liberalísimo, tanto que (cosa rara en aquella época) ninguno de esta clase, fuera de Poggio, tuvo ocasion de decir una frase de descontento.

Fomentó los estudios en su país y mandaba á sus expensas jóvenes aplicados á estudiar á Paris. El entusiasmo y la admiracion que le causaban las producciones de los hombres de gran talento, eran tan naturales en él que impresionaban profundamente á todas las personas que tenian ocasion de observarle, y respecto de esto se refiere que escuchando un discurso de Gianozzo Manetti quedó tan absorto en su trono que pareció de bronce, sin moverse ni siquiera para apartar un mosquito. En otra ocasion, dicese que escuchando la lectura de unas cuantas páginas de Quinto Curcio quedó absorto y curado de un mal que le aquejaba, y un hermoso ejemplar de Tito Livio que le envió Cosme de Médicis contribuyó mucho á facilitar la paz entre Nápoles y Florencia.

El entusiasmo por los estudios le hizo perder de vista los demás intereses del país; sus favoritos llegaron á ser una calamidad pública; él mismo derrochó sumas enormes en sus obras; y con sus amorios escandalosos dió malísimo ejemplo á sus súbditos, que al fin tenian que pagar todos estos excesos, por cuyo motivo no podian con los impuestos que pesaban sobre ellos. No obstante todo esto, Alfonso fué un rey popular, porque en su trato personal era amable con todo el mundo y tan sociable que con frecuencia reunia en su palacio, como un padre, á los grandes de su reino con sus familias, siendo su norma de conducta no dejar retirar á nadie de su presencia con la cara triste.

Su hijo natural Fernando le sucedió en el trono (1458-1494), y no se pareció en nada á su padre, y menos todavia en el amor á las letras. Los primeros años de su reinado estuvo ocupado en reducir á la obediencia á los grandes de su reino, sobornados por el ingrato papa Calixto III; y vencido que hubo á los revoltosos trabajó los años siguientes en apoderarse de las personas de los grandes, hoy de uno, mañana de otro, ora empleando la astucia, ora á viva fuerza, para castigarlos por su desobediencia con crueldad nunca vista y friamente calculada. Con esto suscitó, en 1485, una nueva sublevacion de sus barones, que dió lugar á una guerra interior mas terrible que la primera, porque los rebeldes tenian en su favor la opinion del país. Los súbditos soportaban á este rey solo por la fuerza, que empleaba sin conmiseracion, porque era un tirano brutal que se sostuvo en el interior teniendo siempre sus arcas repletas, á fuerza de empréstitos forzosos, extorsiones, monopolios y toda clase de impuestos sugeridos por su hábil tesorero Francisco Coppla, y en el exterior por efecto de la hábil diplomacia de sus ministros Antonio Petrucci y Juan Pontano, á quienes supo conservar á su lado con mil promesas. A pesar de la energia cruel de su gobierno y del talento extraordinario de sus auxiliares, no supo fundar nada permanente. El y su ministro Pontano bien habian visto el peligro que amenazaba al reino de Nápoles de parte de la Francia; Fernando habia comunicado sus temores en términos lúgubres á los demás soberanos y gobiernos italianos; habia solicitado el auxilio y consejo de España, y hasta entrado en correspondencia con el rey de Francia, pero todo sin resultado. Apenas pasó el rey Fernando á mejor vida y le sucedió su hijo mayor Alfonso, duque de Calabria, hasta entonces co-regente de su padre y hombre repugnante por su carácter y vicios, cuando el rey Carlos VIII de Francia se arrojó sobre el reino, destruyó su armada y ejército terrestre y entró en Nápoles el 22 de febrero de 1495. Alfonso huyó á Sicilia, donde murió aquel mismo año. Su hijo Fernando II, pocos meses despues, consiguió volver á Nápoles, cuya poblacion le recibió con aclamaciones de alegría como poco antes habia aclamado á los franceses; pero el nuevo soberano, que solo contaba 26 años, estaba ya físicamente arruinado por los excesos sensuales y murió al año siguiente, 1496.

La dinastía aragonesa se había consumido por sí misma; porque de nada sirvió ya que Federico, tío de Fernando II, príncipe muy superior á los reyes que acabamos de mencionar, se encargase del gobierno; le faltó fuerza material para realizar sus ideas y probar sus buenas disposiciones con obras. Rechazó con indignación, en 1498, la proposición del papa César Borgia, diciendo con este motivo que primero perdería su reino, sus hijos y su vida que consentir en casar su hija con un sacerdote, hijo ilegítimo también de otro sacerdote; pero aquel mismo año tuvo que consentir en que un sobrino suyo, Alfonso, duque de Busselli, se casara con Lucrecia Borgia, y de esta manera, sin fuerza para hacer frente á las circunstancias que le llevaban de un lado á otro, no pudo seguir ni realizar ningún plan formal. En 1501 tuvo que abandonar su reino, expulsado por los franceses, que volvieron á ocupar el país y le internaron en Francia,



Alfonso de Aragón, rey de Nápoles.
Medalla modelada y fundida en 1449 por Víctor Pisano. El original se encuentra en el gabinete numismático de Berlín

donde pasó el resto de su vida. El reino de Nápoles fué entonces la manzana de la discordia entre Francia y España hasta quedar incorporado á esta última monarquía.

En medio de estos sucesos, desórdenes, cambios políticos y desasosiego general, floreció la literatura, y no por medios artificiales ni por los trabajos de hombres llamados ex profeso á la corte napolitana, sino naturalmente, por el talento de varones ilustres del país y relacionados con la corte, como Antonio Beccadelli, llamado también Panormitano, ó sea Palermitano, por ser hijo de Palermo; el ya mencionado Juan Pontano, y Jacobo Sannazaro.

El primero, que vivió desde 1394 hasta 1471, se hizo famoso por su colección de poesías latinas titulada: *Hermafrodita*, en cuyo prefacio suplica el autor á los lectores que lean la obra á solas y le dispensen si en ella ha faltado, puesto que en ello no ha hecho ni más ni menos que otros poetas. Sobre todo les pide que por estas poesías no formen un juicio desventajoso de su moralidad personal, pues que su vida era pura y sin mancha, y que en cambio procuren hacer saber á todos que él siempre ha proclamado la virtud como guía la más brillante y meta de todos sus esfuerzos. El libro de que se trata es, en efecto, muy liviano, está engendrado entre placeres y destinado á compañeros de orgías. Predica los placeres y los goces sensuales, pero condena los vicios antinaturales; satiriza á los ignorantes y á los eruditos tontos y henchidos de vanidad; enaltece á sus amigos, como Juan

Aurispa y Leon Bautista Alberti; sale á la defensa de la poesía, y refiere en bellísimos versos la muerte de dos hermosas niñas de Sena que prefirieron morir castas é inocentes á vivir deshonradas. Este libro fué perseguido fieramente por los predicadores ambulantes de aquel tiempo y proscrito por una bula del papa Eugenio IV; pero hablan en su favor la dedicatoria, en la cual el autor lo destina al grave y digno Cosme de Médicis, y además le elogian en gran manera Guarino, Poggio y el obispo Bartolomé de Milan.

Beccadelli quiso, sin embargo, como dijo, «borrar el mal efecto que su obra había causado en el clero y en otras personas, con versos imperecederos;» pero si bien escribió, no produjo nada que pudiera rivalizar con el *Hermafrodita*; porque su rica colección de anécdotas titulada: *Dichos y hechos de Alfonso*, en la cual ensalza á este rey, que fué con él generosísimo y cuya obra contribuyó mucho á que la posteridad diera á Alfonso el sobrenombre de grande y magnánimo, es instructiva y tiene el mérito de ser la primera biografía moderna en anécdotas, pero á pesar de esto no habría immortalizado á su autor, cuyos discursos tampoco valen más que otros de sus contemporáneos. En cuanto á las demás obras, entre ellas algunas tragedias y una historia de Fernando I, se han perdido.

Beccadelli fundó, con otros autores, en Nápoles, una academia que á la muerte de Pontano se llamó, en honor suyo, *Academia Pontaniana*, y conserva este nombre todavía hoy, después de haber pasado por varios cambios.

Formaba parte de esta academia Tristan Caracciolo, que vivió desde 1439 hasta 1517, y á él se debe la primera biografía de Pontano, así como otras obras históricas interesantes. Entre estas una es relativa á la reina Juana I, en la cual se esfuerza por lavar á esta soberana de los muchos y grandes pecados de que se la ha acusado; y en otra titulada: *De varietate fortuna* refiere las peripecias porque pasaron Alfonso el Grande y Fernando I. Esta es, según Jacobo Burckhardt, una de las más dignas de ser leídas de aquella época tan fructífera en buenas obras. Los personajes que Caracciolo presenta al lector, sus errores y sus peripecias, forman un verdadero drama.

Juan Joviano Pontano nació en 1426 en Cerato, Umbría, y murió en 1503 en Nápoles. Fué servidor fiel de sus soberanos, cuyas opiniones, proyectos, esperanzas y desengaños supo exponer admirablemente en los documentos oficiales que le tocaba redactar como secretario del rey; pero su fidelidad no llegaba al extremo de hacerle sacrificar su comodidad doméstica para seguir á su soberano destronado al destierro ni para hacer la guerra, abierta ú ocultamente, á los invasores extranjeros; y no solamente no los hostilizó, sino que recibió al rey Carlos VIII á su entrada en Nápoles con un discurso de bienvenida, acto que, naturalmente, fué muy criticado por los patriotas napolitanos, lo cual le irritó mucho. Verdad es que no aceptó un beneficio con que Luis XII le brindó en Francia, pero esto no fué por patriotismo ni por odio á los franceses, sino por comodidad, para no cambiar de tierra ni de manera de vivir. Para justificar su patriotismo le bastó su obra histórica: *La guerra de Nápoles*, que trata de los sucesos del año 1460 y sus inmediatos, y además un panegírico de su rey legítimo. Sus demás obras carecen de color político. Las que dedicó á sus soberanos aragoneses, Alfonso y Fernando, prueban á lo más un sentimiento de gratitud personal, si es que no eran una mera imitación de la costumbre dominante entonces, que exigía que toda obra literaria se dedicara á un alto personaje. Pontano mezcla también con sus alabanzas amargas quejas, como cuando dice que los aragoneses han introducido en Nápoles el puñal siendo una ciudad en la cual ya se mataba la gente con de-

masiada facilidad y ligereza. Lanza también otras exclamaciones, intercaladas con frecuencia hasta en donde ninguna oportunidad tienen, como las referentes á la devastación de Italia, diciendo que esta nación, antes la señora de otras, se había vuelto su sierva, y como las quejas que le arrancaban los ejércitos mercenarios, que recorrían el país esquilmandolo. Pontano no era patriota, sino cosmopolita, conforme lo indicaba con esta observación: «En todas nuestras ciudades populosas vemos gran número de personas que han dejado su país por su propia voluntad, porque la virtud y el mérito que cada uno tiene, se los lleva consigo á cualquiera parte adonde vaya.» La patria verdadera de los sabios era, según él, el campo de la ciencia, que no está ligado á ningún tiempo ni país.

Servir á la ciencia era su objeto principal y á ella se dedicó Pontano sin descanso. Creía en la astrología y la explicó en sus muchas y grandes obras matemático-astronómicas, que además tratan todas las ciencias cultivadas en su época. En sus observaciones sobre astronomía es Pontano el primer autor moderno que volvió á formular la antiquísima opinión emitida por Demócrito de que la luz de la vía láctea proviene de un número infinito de estrellas pequeñas. Creía Pontano firmemente en la astrología y en la posibilidad de conocer por medio de ella el porvenir; sostenía que los defectos, vicios, enfermedades, y las cosas anormales y monstruosas, eran efecto de las posiciones respectivas de los planetas y demás astros, de suerte que nadie podía ser poeta verdadero si en su nacimiento no habían estado en conjunción los planetas Venus y Marte. Cuando Pico de la Mirandola publicó su obra de refutación, haciendo tambalear todo el edificio astrológico, no renunció por esto Pontano á su creencia favorita, porque si no podía menos de reconocer la falsedad de los horóscopos, salió del paso atribuyendo la culpa á los astrólogos que no sabían ó no querían trabajar concienzudamente, pero no á la astrología.

No fueron solamente las matemáticas y la astronomía las que le ocuparon, sino también la filosofía en general, y en la mayoría de sus escritos trata de puntos morales científica y prácticamente, como del valor, la prudencia, la liberalidad y la magnanimidad, que son los títulos de algunos de sus tratados más extensos. Para ilustrar sus consideraciones teóricas añade muchos ejemplos de la antigüedad que son prueba elocuente de su vasta erudición y de lo mucho que había leído, mientras los ejemplos que cita de sus contemporáneos son hoy un manantial muy apreciable para la historia de aquella época. Lástima que estas anécdotas interesantes sean cabalmente muy pobres y escasas donde más precio tendrían, á saber, en su tratado sobre los príncipes, escrito que se reduce á una colección de preceptos instructivos que otro escritor cualquiera hubiera podido hacer tan bien y mejor.

Estos tratados proclamaron la fama de sabio de Pontano, al paso que sus diálogos y poesías le hicieron célebre como hombre de talento vivo y gran poeta.

Ya á la primera lectura superficial sorprenden sus diálogos por su lenguaje fácil y naturalísimo, en lugar de la dicción pesada y á menudo rebuscada de los tratados, así como por las imágenes y cuadros tomados del natural, como descripciones de fiestas, escenas populares, declamaciones contra defectos morales y contra la falta de educación del pueblo y las sátiras sobre las contiendas pedantescas de la gente docta. En estos diálogos titulados: *Charon*, *Antonius* y *Asinus*, manifiesta Pontano sus ideas y opiniones sin cuidarse mucho de la ilación. En ellos discute la inmortalidad del alma y no la admite en absoluto; anuncia en un porvenir más ó menos lejano la unidad de Italia; previene á sus compatriotas, aunque tarde, contra los franceses y alemanes; alaba la ciencia

y la pureza de costumbres de otras épocas, comparadas con la corrupción de su tiempo, y para pintar este último con toda veracidad, simula en su narración un viaje que emprende por toda la Italia con el objeto de hallar un hombre sabio y otro virtuoso, y confiesa finalmente con resignación que en ninguna parte ha conseguido su objeto, aunque en Venecia y Nápoles había tenido alguna esperanza de encontrar lo que buscaba.

En los diálogos encuéntranse intercaladas algunas poesías y otras en mucho mayor número reunió Pontano en diferentes grupos ó colecciones. De estas, poco atractivo ofrecen hoy las instructivas, que entonces eran las más apreciadas, pero tanto más interesantes son sus poesías líricas como retrato fidelísimo de la vida y de la naturaleza en que se movió el autor. En ellas abundan la naturalidad, la lozanía, el sentimiento, la expresión viva y acertada y la dicción flexible, de tal modo que el lector, asombrado, se pregunta cómo es posible escribir así en un idioma muerto como era ya entonces desde siglos el latín. En estas poesías pinta admirablemente las costumbres y ocurrencias usuales y más insignificantes de la vida napolitana; tributa elogios á los amigos, al soberano, á los miembros de la academia, á hombres notables, napolitanos y extranjeros, como Beccadelli y Masuccio, el romano Pomponio Leto, y Antonio Sabellico, establecido en Venecia. A otras personas execradas estigmatiza en términos enérgicos, como hace con Lucrecia Borgia, y en una elegía conmovedora lamenta la temprana muerte de su propio hijo Lucio; también celebra sucesos contemporáneos, como la victoria de Otranto, etc.

En sus obras escritas en prosa es Pontano el sabio, profundo y erudito funcionario del Estado, ocupado en asuntos graves y dignos de su saber y talento; pero en sus poesías se nos presenta bajo un aspecto muy distinto, pues en ellas es el poeta juvenil, travieso y atrevido, pensando solo en el amor y en las infinitas bellezas de la naturaleza. Una de estas poesías se titula: *Lepidina*, llamada así del nombre de una mujer que se casa con un tal Macro. Ambos se quieren entrañablemente. Para solemnizar la boda, acuden siete procesiones formadas por séres fantásticos representando las ciudades, aldeas, fuentes y colinas que rodean la ciudad de Nápoles, sin faltar el Vesubio, representado por un anciano montado en un borrico, que llega trotando por la montaña abajo, aclamado alegremente por cuanta gente encuentra y repartiendo á todos pequeños regalos.

Después de este poema son dignas de mencionarse dos colecciones de poesías pequeñas en su mayor parte, que llevan por título respectivamente: *Amores* y *Bayas* (*Baje*). Con razón se ha dicho de estas graciosas poesías que cantan los goces del amor y el deseo nunca satisfecho de siempre nuevas satisfacciones alegres; que se quejan de la crueldad de la mujer amada y condenan los celos; que respiran el ambiente voluptuoso de los baños favoritos de la aristocracia napolitana. Allí obsequia el cantor del amor á su amada con una serenata y suplica á los vecinos que no impidan su tarea; maldice de sus obligaciones que le llaman á la corte y le retraen del lado de su amada; se felicita del frío, porque le hace buscar más el calor de la mujer querida; acude á las tórtolas para aprender de ellas la ciencia del amor, y suplica á las musas y á las gracias que le presten su auxilio.

No consta si alude en estas poesías á su esposa, y si tenía en este caso motivo de quejarse de su frialdad ó infidelidad, ni puede interesarnos si en todas sus poesías amorosas alude á sucesos ocurridos ó si solamente son creaciones de su fantasía. El mérito de estas composiciones consiste en la gracia seductora, en la armonía y en la naturalidad é ingenuidad del sentimiento, como solo se encuentran en la poe-